

Creatividad en el siglo XXI

Emilio Ballesteros

Apenas ha comenzado este siglo, pero tal vez sea ya momento de ponerse a hacer de verdad un balance del que hace unos años terminó. Y no me refiero a un *memorándum* de esos que repasan nombres y tendencias como si con acariciar la cáscara se estuviera saboreando el fruto. No. Quiero decir un balance de fondo, una reflexión sobre a dónde nos llevó la creatividad del siglo XX y hacia dónde queremos ir ahora con ella.

Porque se supone que el arte es el aspecto más creativo y capaz de llegar a lo más hondo del ser; o, como dice Erich Fromm, la actividad creadora es uno de los caminos que permiten acceder a la unión perdida, vencer la "separatidad" que el ser humano vive como una herida en el centro de sí mismo. Pero resulta que el siglo XX ha sido el siglo de la diosa Tecnología, del crecimiento desmesurado y depredador aun a costa del medio natural, de la solidaridad, la profundidad, la fidelidad y la confianza. Ha sido el siglo del "usar y tirar", del Tener para demostrar que se es algo. Podríamos decir que el mercantilismo que comenzó allá por el siglo XVI ha llegado a su máximo apogeo y ha calado hasta la médula del humano contemporáneo. Hasta el amor se ha visto impregnado por él, convertido en una transacción, una especie de negocio en que se valoran aspectos cuantitativos de prestigio social, influido por modas y tendencias estéticas cada vez más mediatizadas y pasajeras. El vacío creado como consecuencia, ha querido ser llenado con movimientos compulsivos (Fromm los denomina orgiásticos) que se pueden manifestar en diversas conductas (compras y acumulación de objetos y propiedades, consumo de drogas, seducción, sexo indiscriminado...) pero que siempre tienen el mismo resultado: sentimientos y emociones que se caracterizan por su intensidad placentera al principio (es entonces cuando parecen llenar el vacío), pero que son efímeros, dejan al final un poso de vacuidad y acaban por convertirse en una adicción al intentar compensar su decreciente intensidad con una frecuencia obsesiva, cuando no con experiencias cada vez más retorcidas y depravadas que puedan romper la rutina y la sensación invencible de vacío.

El arte no se ha liberado de esa tendencia. El propio sinsentido existencial ha llegado a ser tanto que se le ha acabado tomando miedo, convirtiéndolo en tabú. ¿Alguien puede comprender que en talleres literarios dirigidos por gente que se supone progresista se llegue a PROHIBIR el uso de una palabra? Pues ha ocurrido. Y, además, de una palabra tan hermosa como ALMA. Es como si el miedo a la trascendencia (o a su falta) hiriera incluso en el lenguaje. Como si la nueva Inquisición prohibiera nombrar lo que se teme, porque en el fondo se le tiene miedo al poder de los nombres (a su alma). MUERTE es tabú. ALMA es tabú. VACÍO es tabú. Y se les teme. Si en otro tiempo, con la llamada España de la pandereta, se quería tapar la miseria cultural del momento histórico que se vivía, ahora, con llamadas insulsas a palabras como vida, alegría, fiesta, sentidos, etc., que con ese miedo larvado a la muerte y a la realidad que se está viviendo quedan huera y tragicómicas, se quisiera tapar la pobreza existencial que tiene todo lo que se vive.

Pero eso, por suerte, es algo ya caduco. El nuevo arte, el que ha de venir, si es que quiere ser ÚTIL (esa no es una palabra tabú; al contrario, es muy valorada por el pragmatismo mercantilista, aunque con un valor tan superficial como todo en él) y ayudar al ser humano a salir de su postración y encontrar un sentido a su existencia y un equilibrio que le permita ser feliz, tendrá que ser un arte muy distinto al del siglo recién fenecido.

Deberá renunciar al experimentalismo estéril y egocéntrico que no busca más que llamar la atención y confundir con la sorpresa hasta resultar tan cansino que ya ninguna "sorpresa" sorprende.

Deberá mirar hacia el centro, en el interior del ser humano y buscar el espíritu de las cosas, sin temer a palabras tan hermosas como ALMA.

Deberá buscar el amor y el erotismo que se basa en la unión de dos seres que se aman, porque lo superficial y efímero puede ser intenso, pero no es erótico.

Deberá perder los miedos a la "intelectualidad" pensante, mediatizadora y mediatizada, que intenta imponer mediante poderosas y sutiles mafias sus prejuicios y su prepotencia como única verdad "científica" y aceptable, la única con autoridad "exclusiva" para poder catalogar como "progresista" o "democrático" o "actual" (y un largo etcétera) a quienes se pliegan a sus imposiciones de Nueva Inquisición.

Deberá olvidar sus apegos mercantiles y su obsesión por el "reconocimiento" social, el prestigio, el poder, el valor mercantil... Y tal vez lleguen sin buscarlos; pero si no llegan no pasa nada porque el arte nunca puede tener nada que ver con todo eso.

Deberá acercarse a la naturaleza con respeto y cariño, como un amante que da, no que toma y destruye, porque el Hombre pertenece a la Naturaleza, y no al contrario.

Deberá recuperar la inocencia primigenia que le permita sacar lo mejor de sí mismo y conquistar el verdadero poder de los nombres.

Y deberá, en fin, ponernos en disposición de alcanzar esa Unión tan deseada, de cerrar esa herida abierta que subyace en el corazón de todo ser humano y que tiene en el arte (y más si éste se asocia con el amor) una de sus herramientas más poderosas.

*Emilio Ballesteros es escritor y dirige
la Revista de Teatro y Literatura Alhucema*